

de sus padres, enviando de aquella guerra victoriosos al cielo á los que morian, y dejando asimismo con gloriosa victoria á los que quedaban vivos; que tales obras hace un varon apostólico regido y asistido del Espíritu Santo.

V

Los primeros milagros, que obró Dios por el P. Juan de Almeida en esta guerra: su vuelta al colegio de S. Pablo.

Bien mereció ser honrado con maravillas del cielo quien tan admirablemente trabajó para poblar de almas el mismo cielo; y así la mano del Altísimo se la dió para hacer milagros en esta ocasion, con que los gentiles se confirmasen más en la fe y recibiesen con mayor aprecio el santo bautismo.

El primero y el más admirable fué que, hallando entre los muertos y heridos algunos niños al parecer difuntos, sin muestra alguna de vida, los tomó el siervo de Dios con igual piedad y ternura, y los juntó á su pecho como madre amorosa de aquellas criaturas, y las abrigó, y fomentó, y dió calor como lo hicieron Elías y Eliseo con los niños difuntos, y los resucitó como ellos, y viéndoles con muestras de vida, los bautizó y envió á gozar de Dios al cielo, dándoles dos vidas, una en el cuerpo para recibir el bautismo, y otra en el alma para volar á la gloria, porque, en recibiendo el bautismo, salian sus almas del cuerpo con pasmo y admiracion de los gentiles que, viendo tal maravilla, pedian á porfia el santo bautismo.

Imitó en este milagro nuestro nuevo Eliseo á su antiguo Elías y maestro el P. José de Ancheta, de quien se escribe en su vida que en semejante ocasion, habiendo muerto sin bautismo un indio catecúmeno, le resucitó, y bautizó, y luego le envió glorioso al cielo. Lo mismo hizo con estos niños su discípulo el P. Almeida, sino que su maestro resucitó uno y el discípulo á muchos, con que pobló el cielo, y por esta maravilla ganó para Dios muchas almas, que recibieron el santo bautismo.

Y si alguno dudare por qué no perseveraron vivos los referidos, eso se deja á la Providencia divina, que quiso salvarlos por este medio, y fuera probable condenarse si quedaran vivos entre tantos gentiles; fuera de que no es nuevo en la Iglesia este linaje de milágrs, pues sabemos que S. Estanislao en Polonia resucitó á un hombre, que se llamaba Pedro, para que diese testimonio de una heredad que le habia vendido, y en testificando la verdad, volvió de esta á la otra vida; y el glorioso patriarca Sto. Domingo resucitó una doncella, que se llamaba Alejandra, que habia muerto sin Sacramentos, y en recibéndolos, volvió á morir, como se dice en su vida; y así no fué nuevo

que para el mismo efecto resucitase el P. José de Ancheta al catecúmeno y el P. Juan de Almeida, su discípulo, á los niños, y que volviesen á morir, habiendo recibido el bautismo.

Acabada la guerra y pasado el peligro, hizo el Padre una solemne accion de gracias á Dios por la victoria, con Misa y sermon á que asistieron los nuevos cristianos y muchos de los gentiles, que se movieron mucho viendo los ritos de la Iglesia.

Bautizáronse muchos de toda suerte de gentiles, y para desarraigarles de sus idolatrías, y para que olvidasen las malas costumbres en que se habian criado, y se instruyesen en las buenas y santas de la Iglesia; juzgó por conveniente traer un buen número de los convertidos á la ciudad de S. Pablo, para que, con la comunicacion de los cristianos antigtos, perdiesen los resabios pasados, se asegurasen más en la fe y confirmasen en ella á sus paisanos, como Moisés sacó á los de Israel de Egipto para asegurarlos de las idolatrías y costumbres de los gitanos.

Vino en ello el capitan que, como dijimos, amaba y respetaba al P. Almeida, y escogieron mil y quinientos indios, los cuales vinieron acompañándole, caminando todos á pié sin más prevencion ni matalotaje que el que llevaba su maestro, que era la confianza en Dios, el cual los sustentó en aquel desierto y trabajoso camino por más de dos meses, sin que les faltase sustento para el cuerpo ni para el alma, el cual les daba el P. Almeida todos los días, predicándolos, y enseñándolos, y rezando con ellos las oraciones de la Iglesia y las Letanías de los Santos, y Dios los regaló con algunos milagros que obró en aquel desierto, como regaló á los de Israel en el suyo.

El primero fué que, diciendo Misa un dia festivo en una enramada y altar portátil que fabricaron de palmas, al tiempo que consagró el Padre la Hostia y la levantó en alto, los ramos y las palmas que servian de alfombras á la capilla, se movieron por sí mismas, y, levantándose del suelo, hicieron reverencia al Santísimo, y despues de consagrado el cáliz, hicieron segunda reverencia con inclinacion profunda, hasta que se acabó la Misa, que volvieron á sus lugares en la forma que estaban, y el Padre, vuelto al pueblo que estaba como fuera de sí de ver tal prodigio en criaturas inanimadas, les hizo una plática de la presencia real de Cristo en el Sacramento y del respeto y reverencia que se le debe; pues le veneran y sirven las criaturas inanimadas con tan extraño milagro.

El segundo fué que, habiendo los indios encendido fuego para una caza, soplando el aire, se encendió la selva, y aunque se dieron diligencia para atajarle, no pudieron y quemó buena parte de la ropa que llevaban, entre la cual estaba el breviario del P. Almeida, el cual hallaron entero, sano y sin

lesion alguna en medio de las cenizas, habiéndose quemado cuanto con él estaba. El Padre le recibió como de la mano de Dios con admiración de todos, y les dió á entender la estimación y respeto que debían tener á los libros de la Iglesia; pues el mismo fuego, que todo lo abrasa y consume, los respetaba con tan evidente milagro; y fué tal la veneración que en adelante tuvieron á las cosas sagradas, que tenían por gran pecado tocarlas, y en viendo las iglesias desde lejos, las reverenciaban de rodillas, y en particular adoraban con sumo temblor y devoción al Santísimo Sacramento del altar, el cual no se concedía sino á los muy aprovechados; y sucedió tal vez llenársele la boca de saliva á una india piadosa que había comulgado, y forzada á escupir alguna de ella, en viéndola en el suelo, contrita por lo que había hecho, arrodillarse, y con mucha veneración lamer con la lengua la saliva que había escupido, por haber comulgado aquel día; tal era el concepto que de este divinísimo Sacramento engendraba el P. Almeida en los corazones de los indios, confirmándole con los milagros que obraba.

Ultimamente llegó el Padre á la ciudad y colegio de S. Pablo con toda su compañía, como despojos que había sacado de la guerra y de la victoria que alcanzó del demonio y de la idolatría. Fué grande el aplauso que tuvo por ver tantos gentiles convertidos á la fe de Cristo y á los que se habían criado como fieras, mansos como corderos, humildes y obedientes á su mandato.

Repartiólos por las aldeas entre piadosos cristianos para que los enseñasen y domesticasen, como refiere Flavio que hacían los romanos, entretejiendo á los soldados bisoños y ménos ejercitados entre los diestros veteranos, para que aprendiesen de estos el valor de las peleas y cobrasen aliento con su ejemplo, para pelear hasta vencer á sus contrarios: el mismo ardid usó este diestro capitán de la milicia de Cristo con los soldados bisoños y recién bautizados, entretejiéndolos con los cristianos antiguos para que aprendiesen las costumbres de la Iglesia y se fortaleciesen en la fe.

El mismo Padre los juntaba, y enseñaba la doctrina cristiana, y cuidaba de sus cuerpos y sus almas, y era comun padre de todos, valiéndose después de ellos para traer otros muchos indios gentiles por su medio al conocimiento de Cristo, como veremos.

VI

Lo que obró en S. Pablo, y de otras misiones que hizo por este tiempo.

En este pueblo y colegio hizo alto este esforzado capitán de la milicia de Cristo, siendo su morador por espacio de treinta años, si bien discurría continuamente por la comarca á las aldeas de los indios con tan grande vigilan-

cia, que hacía poco pié en la ciudad; pero, el tiempo que en ella estaba, predicaba los más días á los portugueses, á los negros y á los indios; á todos enseñaba el camino del cielo y la doctrina cristiana. Visitaba las cárceles, hospitales y los enfermos en sus casas, confesándolos, consolándolos y dándoles pasto del cielo.

Salía lo más del tiempo á las aldeas de los indios á pié con un compañero, sustentándose de las yerbas y frutas del campo, durmiendo en el suelo y haciendo áspera penitencia por los mismos á quien predicaba: las noches gastaba en oración y los días en predicar á los indios, en curarlos, y confesarlos y sacramentarlos, y cuando morían, enterrarlos.

Edificó algunas iglesias en las aldeas y habitaciones para los de la Compañía que fuesen á enseñarlos; convirtió y bautizó muchos y andaba como un apóstol por toda aquella tierra, alumbrándola con su doctrina y edificándola con su ejemplo.

No le faltaron guerras que vencer con el demonio, porque una vez le echó de una puente abajo más de dos estados de alto, mas aunque se lastimó, no dejó la empresa á que iba, que era á confesar á un indio enfermo y cojo, y lastimado como estaba, prosiguió su camino por espacio de tres leguas á pié, dándole al fervor de su espíritu las fuerzas que la enfermedad le negaba: de este jaez tuvo otros muchos lances con el demonio, sin rendirse á alguno, aunque padeció mucho en ellos, porque haciéndole el P. Almeida tan abierta guerra, bien se deja entender la que el demonio le haría para vengarse y defenderse.

Ocupado, pues, tan gloriosamente en el colegio y tierra de S. Pablo, le vino orden del Superior para ir con otro Padre compañero á una trabajosa misión, ciento y cincuenta leguas de allí, poblada de indios gentiles que llaman patos carijos, á diferencia de otros que se llaman serranos; viven en tierra fértil, pero muy montuosa, abundante de caza y pesca por las riberas de la mar que gozan. Hay mucho algodón y algunas minas de metales y de piedras preciosas; no son tan belicosos como otros, ni tan inclinados á comer carne humana; más fáciles en recibir el Evangelio, porque no adoraban ídolos ni reconocían otro Dios, mas que una excelencia superior á quien llamaban Tupan, y decían que tronaba y enviaba los rayos, y por eso le temían, pero no le adoraban ni ofrecían culto alguno. Eran dados á hechicerías, y por este camino los traía el demonio engañados.

A este ciego paganismo, poblado de inmensas almas, fué enviado el fervoroso obrero de Cristo, y, aunque con grande sentimiento de los habitantes de S. Pablo, partió á su misión llevando consigo algunos indios cristianos de los más ladinos y versados en la lengua.